

**PENÍNSULA**

**ISRAEL.  
LA TIERRA MÁS  
DISPUTADA**

**JOAN B. CULLA**

**ADRIÀ FORTET**

**DEL SIONISMO AL  
CONFLICTO DE PALESTINA**



**A LA VENTA EL 13 DE MARZO**

*\*Autor disponible para entrevistas*

**PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:**

**Laia Barreda | Responsable de Comunicación Área de Ensayo**

**659 45 41 80 | [laia.barreda@planeta.es](mailto:laia.barreda@planeta.es)**

## Nueva edición ampliada de la obra de referencia sobre la historia de Oriente próximo

Hace dos décadas, Israel. La tierra más disputada expuso de manera exhaustiva y documentada el nacimiento y desarrollo del Estado judío desde la irrupción del sionismo a finales del siglo XIX hasta la muerte de Arafat, así como su principal derivada, el conflicto entre israelíes y palestinos.

Esta es una versión actualizada y ampliada de la obra, que recoge los acontecimientos más relevantes de los últimos veinte años: el fracaso de la apuesta unilateral de Ariel Sharon, el impacto de la Primavera Árabe, los encontronazos entre Netanyahu y Obama, los Acuerdos de Abraham y la grave crisis sociopolítica que ha afectado a Israel en el último quinquenio y que se ha manifestado en cinco repeticiones electorales y protestas multitudinarias que han paralizado el país. El libro termina con la guerra desatada en Gaza tras el ataque de Hamás del 7 de octubre.

Con el mismo rigor y el propósito de explicar sin justificar ni juzgar, esta nueva edición se afianza como un libro de referencia sobre la historia más completa de Oriente Medio y el trascendental conflicto que la atraviesa.

## LOS AUTORES



© Ana Jiménez

**Joan B. Culla** (Barcelona, 1952 - Sant Cugat, 2023) fue doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de Barcelona y desde 1977 trabajó como profesor en la Universidad Autónoma de Barcelona. Reconocido como uno de los mayores especialistas en Oriente Próximo, publicó asimismo una veintena de libros sobre aspectos políticos y sociales de la Cataluña del siglo XX y escribió sus memorias, *La història viscuda* (2019). Articulista de opinión en la prensa escrita a lo largo de más de tres décadas, colaboró también de forma periódica en programas de radio y televisión.

El profesor Culla falleció a finales de 2023, tras haber finalizado la nueva edición de este libro, al que consideró siempre como uno de sus principales legados intelectuales.

**Adrià Fortet** (Terrassa, 1994) es doctor en Historia por la Universidad Autónoma de Barcelona en la que ha sido investigador y docente desde 2017. Sus trabajos se han centrado en las relaciones internacionales y el conflicto de Oriente Medio, con una tesis doctoral que analiza la evolución de los planteamientos territoriales de la derecha israelí en las últimas décadas.



© Cortesía del autor

## Introducción

«En la configuración de nuestra opinión pública —occidental, europea— respecto del litigio árabe-israelí o israelo-palestino, respecto de aquello que venimos denominando con optimismo «el conflicto de Oriente Próximo» —como si en aquella región no existiera más conflicto que ese, como si Iraq, Siria o el Yemen fuesen plácidas balsas de aceite— se produce un fenómeno singular, tal vez único: todo el mundo tiene, o cree tener, una posición tomada y definida ante el contencioso, un punto de vista formado. Cualquier persona que colabore en un periódico —aunque sea como autor de chistes gráficos— se siente autorizada para utilizar su viñeta, o su tira, o su crítica cinematográfica, si de tal cosa se ocupa, para tomar partido en la confrontación entre Israel y Palestina; cualquier entidad, asociación, grupo político u ONG se siente capaz de formular doctrina propia —a menudo, bajo la forma más contundente y categórica— sobre los derechos y las culpas de aquellas dos comunidades enfrentadas; cualquier corresponsal espontáneo osa enviar a los diarios una carta al director donde otorga enfáticamente la razón a un bando y abomina del otro; cualquier tertulia, ya sea mediática o de café, que se ocupe de Oriente Próximo permite escuchar un puñado de sentencias definitivas que, al parecer de sus autores, dejan la tragedia palestino-israelí juzgada de manera irrevocable...

Sostengo que ésta es una conducta singular porque ¿quién, entre nosotros, se ha atrevido a prescribir fórmulas de solución a la guerra civil siria que estalló en 2011 y que ya acumula más de 600 000 muertos? Después del genocidio de 1994 en Ruanda (entre medio millón y un millón de muertos), ¿quién ha vuelto a preocuparse de la suerte de las dos comunidades enfrentadas, hutus y tutsis, y de si la situación actual en la región de los Grandes Lagos les hace o no justicia? ¿Quién se manifiesta, recoge firmas o hace *lobby* a propósito de la guerra de Yemen, que dura desde 2014 y ha causado quizá 60 000 muertes directas? Paradójicamente, y a pesar de que otros conflictos han sido infinitamente más mortíferos que el de Israel-Palestina —durante el mismo período o incluso en toda su historia—, nuestras opiniones públicas los contemplan en respetuoso silencio, dejando que sean los escasos especialistas o conocedores directos del terreno quienes arrojen alguna luz.

¿Qué cabe entonces deducir de la facundia mediática, de la locuacidad general, de la admirable facilidad con que casi todo el mundo enarbola palabras contundentes (*apartheid*, genocidio...), concede y niega legitimidades, criminaliza y canoniza todo lo que refiere al agónico duelo entre palestinos e israelíes? ¿Cabe deducir de tanta vehemencia «opinadora» que existe a nuestro alrededor un amplio conocimiento de las raíces y las complejidades de aquel conflicto, que creadores y consumidores de opinión están familiarizados con los factores demográficos y económicos, políticos y militares, culturales y religiosos que lo caracterizan y lo condicionan? Creemos rotundamente que no. Muy al contrario, cuatro décadas —en el caso de uno de los autores— de aproximación intelectual al tema, la participación en incontables debates, coloquios, mesas redondas, conferencias y charlas acerca de Israel y Oriente Próximo, incluso los cursos universitarios de máster dedicados a

la materia, permiten certificar un desconocimiento tan generalizado como transversal a todo tipo de colectivos profesionales o culturales, desde el tópico ciudadano de la calle hasta el académico o el periodista. En un ambiente en el que, a menudo, todavía es preciso explicar la diferencia entre «árabe» y «musulmán», o entre «judío» e «israelí» —no digamos ya entre «sunní» y «chií», o entre «israelí» e «israelita»—, saber si los territorios ocupados de Cisjordania y Gaza suman 6000 kilómetros cuadrados o 30 000, si el proceso de reasentamiento judío en Palestina comenzó en la década de 1880 o en la de 1920, conocer qué alcance exacto tiene la «cuestión de los refugiados» palestinos y su eventual retorno constituyen preguntas exóticas para la inmensa mayoría de los que siguen con genuina preocupación y con espontánea vehemencia el interminable litigio y deploran sus brutales efectos.

Entre nosotros, pues, el innegable interés que el tema despierta se ve peligrosamente alimentado por los tópicos, los clichés y las ideas recibidas que, a base de verlas repetidas, adquieren categoría de dogmas: el mito reversible de David contra Goliat, el estigma arrojado del «terrorismo», las lamentables analogías con el nazismo, las reminiscencias culturales de la Guerra Fría... Frente a la simplicidad de los tópicos, empero, existe una realidad complejísima, y es a esta realidad intrincada a la que las páginas siguientes quisieran consagrarse. El subtítulo del libro —«El sionismo, Israel y el conflicto de Palestina»— constituye no una confesión de parcialidad, sino una advertencia de que el hilo conductor del estudio será la experiencia histórica israelí; con idéntica legitimidad y la misma voluntad de comprensión global que poseen aquellos otros trabajos —bien numerosos— que se aproximan al tema más bien desde una perspectiva árabe, o arabopalestina. Y con un propósito firme: explicar; no justificar, ni juzgar.»

«Este es, eminentemente, un libro de historia; de una historia tan contemporánea que sus últimos párrafos habrá que buscarlos en el diario de hoy, pero de historia. Opinamos que uno de los peores vicios intelectuales con que solemos acercarnos al explosivo escenario de Israel-Palestina es el presentismo; el creernos que todo comenzó con el último atentado suicida, o con la más reciente represalia militar, o todo lo más con la **guerra de 1967**; el pensar que, en cualquier momento, los dos bandos pueden poner los contadores a cero y empezar a discutir ex novo. Pero, cuando se los escucha a ellos, se percibe que no es así; que, para los palestinos, **la matanza de deir Yassin de 1948** resulta tan cercana y tan significativa como para los israelíes **la matanza de Hebrón de 1929**; que la **Declaración Balfour de 1917** o la **Resolución 181 de la Asamblea General de la ONU de 1947** no son amarillentas piezas de museo, sino proyectiles en la batalla dialéctica, argumental y propagandística de ahora mismo.»

## Barak y la paz rehusada

Esta idea de los dos Estados, ya entrevista en el informe Peel de 1937 y en el Plan de Partición de las Naciones Unidas de diez años después, había tardado mucho en hacerse general, porque Egipto y Jordania se apropiaron durante muchas décadas de la causa palestina. Solamente en una fecha tan tardía como 1987 el rey Hussein había renunciado

definitivamente a cualquier soberanía sobre Cisjordania, y apenas fue en el marco del proceso de Oslo que la idea de un Estado para Palestina (en lugar de una mera autonomía) había comenzado a parecer inevitable para las elites israelíes; hay que recordar que Rabin, el iniciador del proceso, no había llegado a dar jamás su apoyo explícito a la independencia palestina. Sin embargo, llegados a 2000 era una noción que se había hecho universal y había la percepción, alimentada por el optimismo liberal del “fin de la historia” fukuyamesco, de que los vientos del progreso soplaban en esta dirección y de que, a pesar de los obstruccionismos y de las maniobras dilatorias de uno u otro bando, en última instancia se llegaría a ella. Los dieciséis años que cubren las presidencias de dos tipos tan distintos como George W. Bush y Barack Obama presenciaron innumerables intentos de sentar a los protagonistas frente a la mesa de negociaciones para firmar una culminación del proceso de Oslo que debía estabilizar Oriente Medio, la gran prioridad geoestratégica de los Estados Unidos en las dos primeras décadas de este siglo.

No deja de ser sorprendente la tenacidad con que esta idea se mantuvo encima de la mesa pese a estar cada vez más divorciada de la realidad. Que los dos caminos que Barak se propuso (Palestina-Siria-Líbano y Líbano-Siria-Palestina) resultasen intransitables desde el comienzo ya apuntaba a que el fracaso de Camp David —por la desconfianza mutua, la polarización dentro de Israel y la falta de interlocutor— no era coyuntural ni susceptible de resolverse fácilmente. La violencia prolongada y viciosa de la Intifada endureció todavía más, como era de esperar, las posiciones de ambos bandos. La secesión de facto de Gaza, en manos de Hamas desde 2007, garantizaba que el acuerdo que saliese de unas hipotéticas conversaciones entre Israel y la ANP no pasaría de ser papel mojado. La expansión de los asentamientos —hoy ya son 400 000 los colonos israelíes que viven en Cisjordania, sin contar los de Jerusalén Este— hace imposible pensar en una evacuación, y los cambios sociológicos que ha habido en Israel —en parte por la amarga experiencia de la Intifada y en parte por la evolución demográfica favorable a sefardíes, nacionalreligiosos y ultraortodoxos— han alejado al *mainstream* del país del marco mental de Oslo. Más aún: si los Estados Unidos y sus aliados no pudieron imponer una *pax Americana* cuando eran la única superpotencia y llevarles la contra era arriesgado para cualquiera de los regímenes de la región, es todavía más difícil pensar que vayan a conseguirlo hoy cuando hay otros actores —en particular Irán, inmerso en una alianza crecientemente íntima con Moscú y Pekín— que buscan precisamente la situación contraria.

Aunque es apenas hoy cuando comienza a reconocerse en la historiografía y en los círculos diplomáticos internacionales, lo cierto es que la II Intifada marcó una ruptura profunda en la evolución política, social y económica de Israel y de la región. Las fuerzas que habían apoyado el proceso de Oslo —por un lado el nacionalismo árabe laico que había virado progresivamente desde la URSS hacia los Estados Unidos, por el otro las izquierdas israelíes que buscaban la integración en el entorno liberal euroamericano— entraron en un largo y lento declinar que llevó a otros —islamistas, tradicionalistas, revisionistas— a tomar el relevo. Es verdad que nadie ha sido capaz de poner encima de la mesa una alternativa funcional que solucione todos los problemas a los que Oslo pretendía dar respuesta, pero eso no quita que también hayan aparecido rayos de esperanza, como los Acuerdos de

Abraham, en medio de las desventuras de las guerras frecuentes —solo en Gaza, seis conflagraciones militares significativas en los últimos quince años— que en esta región del mundo parecen no tener fin.

## Sharon y la fijación de las fronteras

«Una semana más tarde la retirada de los 8000 colonos de Gaza y de cuatro aldeas del norte de Cisjordania se consumó. En la Franja se interpretó como una victoria miliciana (y muchos lo atribuyeron a las acciones suicidas de Hamas) y las sinagogas fueron destruidas, pero no hubo incidentes ni atentados y Sharon demostró que era posible una evacuación de colonos sin grandes traumas. El asunto era importante porque, más allá del apoyo diplomático que le proporcionaba —el 1 de septiembre Pakistán normalizó relaciones con Israel, y en la inauguración de la sesión anual de la ONU unas semanas más tarde Sharon fue aplaudido y vitoreado como dirigente de moda<sup>1</sup>—, hacía evidente que a pesar del creciente número de colonos de Cisjordania, una retirada que llevase a la solución de dos Estados no era del todo descartable, más allá de si ello se hacía por vía negociada o unilateral.»

«Y es que la retirada de Gaza no debía entenderse como un programa político per se, sino como la primera parte de la fijación de las fronteras de Israel siguiendo el trazado del Muro de Separación, aquella retirada más profunda de territorios a que Olmert había hecho alusión en diciembre de 2003. Por esta razón la ANP se había mostrado tan dócil en aquellos meses; aunque Abbas no estaba dispuesto a aceptar las fronteras de los dos Estados tal y como las concebía Sharon, creía que la mejor estrategia era mostrar contención y facilitar la cesión israelí de todo el territorio que el gobierno hebreo considerase conveniente, con la idea de que en el escenario posterior podrían retomarse las negociaciones y quizá por aquella vía Israel acabaría aceptando incluso más de lo que había ofrecido en Camp David en el verano de 2000. En caso contrario, siempre se estaba a tiempo de volver a recurrir a la violencia.»

«La pregunta de hasta qué punto esta vía negociada podía llevar a una paz consensuada tiene mala respuesta. Por un lado, Sharon había optado por la unilateralidad porque no estaba dispuesto a pagar el precio que exigía la ANP por un acuerdo de paz, y la retirada que planteaba —con Jerusalén Este, el Golán y los principales bloques de asentamientos en manos israelíes— estaba muy lejos de los Parámetros Clinton y todavía lo estaba más de lo que Abbas podía aceptar. Por el otro, el primer ministro israelí sabía que la comunidad internacional quería negociaciones en vez de unilateralidad, y que los territorios palestinos

---

<sup>1</sup> El mandato de Arik había empezado en medio de una gran hostilidad de las cancillerías europeas que fue rectificándose después del anuncio del Plan de Desconexión. En algunos casos, como el de la diplomacia alemana entonces encabezada por Joschka Fischer, ambas circunstancias estaban estrechamente relacionadas. En otros, como en los casos español e italiano, la mejora de las relaciones se debía fundamentalmente a una reorientación de la política exterior que era en lo esencial independiente de las acciones de Israel —sobre este último caso véase ARTURO MARZANO, «Italian Foreign Policy towards Israel: The Turning Point of the Berlusconi Government (2001-2006)» *Israel Studies*, 16 (1), 2011, pág. 79 a 103— y aún hubo excepciones como la turca en que las relaciones se deterioraron, también como consecuencia de una realineación internacional impulsada por el nuevo partido de gobierno en Ankara. El lector encontrará una buena descripción de este caso en ÖZLEM TÜR, «Turkey and Israel in the 2000s: From Cooperation to Conflict», *Israel Studies*, 17 (3), 2012, pág. 45 a 66.

podían convertirse fácilmente en una madriguera insurgente que lanzaría cohetes contra Israel un día sí y otro también si no había una solución satisfactoria. Como todo su razonamiento venía de la convicción de que Arafat era un terrorista con intenciones de destruir Israel y de que el diálogo con él era en vano, la llegada al poder de Abbas alteraba la ecuación. Sobre todo si, como todo parecía indicar, la determinación de Sharon de trasladar el Plan de Desconexión a Cisjordania lo echaba definitivamente a los brazos de la izquierda.»

## **Paz mediante la fuerza**

«Benjamin Netanyahu había ganado notoriedad dentro y fuera de Israel por primera vez cuando Shamir lo había nombrado embajador del país en la ONU en septiembre de 1984. Habían pasado veinticinco años desde aquel momento, y entretanto había ejercido de jefe de la oposición frente a Rabin y Peres (1993-1996) y de primer ministro (1996-1999). Después de una breve retirada de la política a raíz de una derrota electoral, Netanyahu había emergido como altavoz de los sectores más intransigentes del Likud, y Ariel Sharon, en un intento infructuoso de neutralizarlo, le había encomendado los ministerios de Exteriores (2002-2003) y Finanzas (2003-2005). Líder de la revuelta interna que llevó a Arik a escindir el partido, Bibi había vuelto a liderar la oposición durante el período de gobierno de Olmert hasta que la victoria de la derecha en los comicios de 2009 le abrió una vez más las puertas de la Casa Aghion de Jerusalén, donde iba a batir récords al permanecer durante más de una década. A sus cincuenta y nueve años y con tales precedentes, era una figura conocida y polarizadora, no siempre fácil de entender o de interpretar.»

«Había quien menospreciaba el fenómeno de Netanyahu como un producto insustancial de mercadotecnia que además importaba de los Estados Unidos —donde había pasado buena parte de sus años de formación— características ajenas a la cultura política israelí: los debates a pie con retórica y gesticulación ensayadas, el acento americano perfecto, los escándalos de faldas, la hiperexposición a los medios de comunicación y la obsesión por las encuestas y la buena publicidad. Sin embargo, en Netanyahu había también un perfil intelectual, hijo de un académico ilustre que lo había imbuido de un sentido profundo del destino del pueblo judío, lector compulsivo de libros de historia y de geopolítica, personalidad que buscaba el poder no solo por tenerlo sino también para ejercerlo en beneficio de una causa superior.»

«Netanyahu estaba convencido de que Israel afrontaba desafíos existenciales, que sesenta años después de su creación no estaba plenamente consolidado como una realidad inmutable, y se veía a sí mismo como figura providencial que podía cambiar tal estado de cosas. Sus referentes históricos tanto dentro del mundo judío —Theodor Herzl, Max Nordau— como fuera de él —Winston Churchill— eran gente que había sido capaz de prever un gran mal y de actuar a tiempo para combatirlo<sup>2</sup>. Desde los años noventa Netanyahu veía en Irán la encarnación de esa clase de amenaza, y en la ANP y el proceso de Oslo un caballo

---

<sup>2</sup> Sobre este asunto véase la entrevista de Gadi Taub a Benjamin Netanyahu del 13 de marzo de 2022, consultable en [shorturl.at/nANZ5](https://shorturl.at/nANZ5).

de Troya que colaboraba en la empresa, sin que las elites políticas ni en Israel ni en los Estados Unidos percibieran la gravedad de la situación y tuviesen ánimo para remediarla. A su parecer, la experiencia de los gobiernos de izquierdas de los años noventa evidenciaba que la elite laborista, cautivada por la idea de paz y de integración en el marco liberal euroamericano, había perdido de vista los peligros regionales que continuaban amenazando a Israel, y el período de Ariel Sharon al frente del país confirmaba que también la derecha era vulnerable a dirigentes oportunistas que compartieran esa misma ceguera.»

«Habiendo hecho tal diagnóstico, el primer paso en la solución era llegar al poder y retenerlo, lo cual pasaba por dotarse de una base de partidarios que no podía ser otra que los agraviados por las elites tradicionales israelíes: la combinación de Begin de revisionistas, nacionalreligiosos y ultraortodoxos. Sin embargo, Bibi no encajaba fácilmente en ninguna de las tres categorías. Para empezar, aunque rechazaba el modelo de Oslo porque nunca creyó que la ANP fuese sincera en el reconocimiento de Israel y estuviese realmente dispuesta a convivir con él en paz y seguridad<sup>3</sup>, no tenía un problema de principios con una solución de dos Estados, algo que lo separaba del grueso de activistas radicales que lo apoyaba<sup>4</sup>. Netanyahu había confiado en ese círculo de partidarios que lo habían seguido a las duras y a las maduras y que finalmente volvía a verlo al frente del país porque le daban fuerzas para plantar cara a las concesiones, tanto a las negociadas de los años noventa como a las unilaterales de la década siguiente. No siempre era fácil, empero, armonizar su línea política ideal con la voluntad de la base social que lo sostenía. Los partidarios de Bibi eran más bien gente de clase baja defensores de las subvenciones, él en cambio era un firme partidario de reducir el sector público. Muchos correligionarios veían la solución de dos Estados como una herejía y defendían unos valores familiares tradicionales por respeto a la ley judía; por el contrario, él no asignaba ningún papel a la religión en las consideraciones sobre estos temas. Esa clase de situaciones lo llevaban a equilibrios complicados que sus críticos atribuían a la duplicidad, al oportunismo o a la insustancialidad. Netanyahu, por su parte, lo veía como pragmatismo y simple instinto de supervivencia: para llevar a Israel por el buen camino le era necesario retener el poder, y para retenerlo no podía decepcionar a la base de electores que le era fiel.»

«Su paso por la primera línea política en los años noventa se había visto marcado por dos experiencias traumáticas. La primera había sido la incapacidad de frenar el proceso de Oslo. Su intención había sido desde el principio paralizar unas negociaciones en las que no creía y dejar de hacer cesiones al aparato de la ANP, pero cada vez que lo había intentado se había encontrado con presiones fortísimas —de los Estados Unidos, del ala moderada del mismo Likud, de la prensa, de los estallidos de violencia orquestados por Arafat— que lo

---

<sup>3</sup> La insistencia en el derecho al retorno que había frustrado Camp David en 2000 le servía de confirmación de dicha falta de sinceridad.

<sup>4</sup> Para una visión irredentista de un Gran Israel que ocupe todo el territorio véase CAROLINE GLICK, *The Israeli Solution: A One-State Plan for Peace in the Middle East*, especialmente los capítulos dedicados a la legitimidad de la soberanía israelí sobre Cisjordania (pág. 164 a 178) y a la naturaleza indígena del pueblo judío sobre todo el territorio (pág. 179 a 194). El libro recibió la adhesión explícita de figuras destacadas de la administración Trump como el asesor de Seguridad Nacional John Bolton o el vicepresidente Mike Pence.

habían forzado a rectificar el rumbo, y a hacerlo además como consecuencia de dichas presiones y por lo tanto desde una situación de mayor debilidad que si hubiese hecho las concesiones motu proprio. La segunda era la derrota electoral de 1999 ante el abandono tanto de los sectores moderados como de los radicales de su partido, hartos de esa dinámica errática y llena de cambios de ritmo. Eso lo había llevado a perder el poder y había abierto la puerta a las claudicaciones subsiguientes de Barak y de Sharon. La decisión de crear un núcleo duro de partidarios con los sectores más irredentistas del Likud y con los entornos nacionalreligiosos y ultraortodoxos se explicaba también por la voluntad de evitar, en el futuro, una repetición de aquellos hechos.»

«Netanyahu estaba convencido de que ambas experiencias se resumían en un mismo problema, la falta de una prensa amiga que estuviese a su servicio, que le permitiese comunicarse con la base de partidarios para reagruparla y vender su programa de gobierno al grueso del electorado israelí. Por esta razón el 30 de junio de 2007, tras haber llegado a un pacto con el magnate americano Sheldon Adelson, apareció en los kioscos el primer número del *Israel HaYom* [*Israel hoy*], un diario con el propósito de difundir este mensaje que rápidamente se convirtió —por mor de su gratuidad— en el más leído de Israel. Los esfuerzos para reproducir un altavoz similar en la televisión no tardaron en llegar, y en los años siguientes el primer ministro buscó tener un control personal del ministerio de Comunicaciones para asegurarse esa línea directa que tanto le había faltado en su primera experiencia al frente del gobierno<sup>5</sup>.»

«Pero, ¿cuáles eran esos objetivos tan importantes que lo hacían imprescindible y que justificaban todos estos esfuerzos? Como muchos conservadores, Netanyahu veía más claramente lo que no quería que lo que sí deseaba. Tenía más claras las amenazas y las líneas rojas que el modo de contrarrestarlas. Ello lo llevaba de cabeza a la “gestión del conflicto”, a un Israel que no cedería nada más y que utilizaría la superioridad militar para mantener los territorios —y los desafíos iraníes que pudieran venir del Líbano y de otros lares— a raya. Mientras tanto, el crecimiento económico animaría a más judíos a hacer *aliyah*, los nacionalreligiosos construirían nuevos asentamientos para hacer irreversible el control israelí de Cisjordania y los ultraortodoxos tendrían más y más hijos para cimentar la mayoría demográfica de la derecha. Esta era indudablemente la estrategia de muchos dirigentes de su espacio político, pero Bibi nunca se sintió del todo cómodo con ella. Siempre prudente al recurrir a la fuerza y consciente de que el poder militar no bastaba para normalizar la situación de Israel en la región y garantizar su supervivencia a largo plazo, Netanyahu ambicionaba un éxito diplomático que pudiera cerrar para siempre estos dos temas, que se anticipase a sus enemigos, y que lo convertiría, además de defensor de Israel, en el pacificador por antonomasia. Había en esta aspiración un componente de ambición personal —como buen apasionado de la Historia, Netanyahu piensa a menudo en su

---

<sup>5</sup> DAVID M. HALBFINGER, «Netanyahu’s Obsession with Image Could Be His Downfall», *New York Times*, 3 de diciembre de 2018.

legado<sup>6</sup>— y también la conciencia de que las aspiraciones últimas de nacionalreligiosos y ultraortodoxos no eran necesariamente las más convenientes para el futuro de Israel tal como él lo entendía, pero sobre todo había la idea de anticiparse, de conjurar el peligro, de hacer que después de tres milenios de historia judía el atormentado barco pudiera descansar finalmente a salvo en un puerto seguro.»

«El problema era que para normalizar relaciones con el mundo árabe e islámico había que reparar, en cierto modo, la herida abierta que representaba la creación de Israel. Sin un Estado palestino eso no parecía posible, y la idea de un Estado palestino que no estuviese controlado por la ANP —o por grupos integristas aún más radicales— no se veía por ningún lado desde que Jordania había renunciado a ejercer este papel ya en 1987. Tal constatación también empujaba hacia la mera gestión del conflicto, que fue en la práctica la estrategia del primer ministro durante la legislatura. Ello no obstante, introdujo en su discurso público el concepto de *paz mediante la fuerza* —planteado como contraposición a la *paz por territorios* de Oslo—, el cálculo de que si Israel era lo bastante fuerte y actuaba con suficiente determinación frente a sus rivales, la máxima de “el enemigo de mi enemigo es mi amigo” acabaría ofreciendo una oportunidad. Aunque al pronto optó por el inmovilismo ante la presión de Obama primero y de la Primavera Árabe después, en todos sus años de gobierno Netanyahu no perdió jamás de vista este horizonte, que a menudo los diplomáticos extranjeros y los mismos analistas israelíes veían imposible y desdeñaban como un mero artificio retórico para sacarse presión de encima sin renunciar a posiciones intransigentes.»

## Una paz inesperada

«Quien dirigía el cotarro aquí era Netanyahu, e hizo honor al sobrenombre de *kossem* (mago) que desde hacía muchos años le había sido dado por la capacidad de sobrevivir y de manipular en beneficio de sus tesis las situaciones complejísimas de la geoestrategia de Oriente Medio y de la política interna de Israel. Sin tener la anexión como objetivo, el primer ministro la había usado como argumento para reagrupar a su base y movilizar el voto. Más aún, había conseguido que se convirtiera en una propuesta compartida con una parte de la oposición y la había hecho constar en los acuerdos de gobierno y en las negociaciones con la Casa Blanca. Había creado un clima de inevitabilidad y de inminencia, una expectación superlativa que la hacía el acontecimiento más esperado —deseado o temido— del verano en la región, un cambio de rumbo que tendría consecuencias importantísimas para el porvenir, equiparable en cuanto a trascendencia con los Acuerdos de Camp David de 1978, la renuncia del rey Hussein a la administración de Cisjordania de 1987 o el reconocimiento mutuo de la OLP e Israel en 1993. Y una vez había subido hasta lo alto de la copa de este árbol transmitió a los saudíes que no tenía modo alguno de bajar sin ayuda, y que si no conseguía algo tangible y valioso como compensación no podría asumir las consecuencias de defraudar al electorado al que tanto había movilizado y se vería obligado a llegar hasta el final. La amenaza era bien creíble porque probablemente era cierta. Los saudíes, que

---

<sup>6</sup> RAOUL WOOLIFF, «Netanyahu’s Israel: Divided over the Legacy of its Longest Serving PM», *Times of Israel*, 21 de julio de 2019; HERB KEINON, «What Will Define Benjamin Netanyahu’s Legacy?» *Jerusalem Post*, 10 de junio de 2021.

llevaban años deshojando la margarita, así lo entendieron y le dieron la escalera que les pedía. Lo hicieron a su manera, eso sí, muy conscientes de las cartas que tenían y de cómo maximizar su jugada.»

«El silencio de julio fue un anticlímax, seguido por la gran explosión en el puerto de Beirut del 4 de agosto que desvió temporalmente la atención de los telediarios dentro y fuera de Israel hacia el vecino del norte<sup>7</sup>. Nueve días después la Casa Blanca anunciaba un acuerdo de normalización de relaciones entre Israel y los Emiratos Árabes a cambio de la suspensión de la anexión de Cisjordania, que en palabras de Jared Kushner quedaba “fuera de la mesa por bastante tiempo”. El 1 de septiembre el mismo Kushner era recibido en los Emiratos y afirmaba ante el ministro de Exteriores que estaba seguro de que todos los Estados árabes normalizarían las relaciones con Israel. El 11 de septiembre se anunciaba que Baréin también se sumaba a la normalización, y cuatro días después se celebraba una ceremonia solemne en la Casa Blanca entre los ministros de Exteriores de estos dos países, el presidente Trump y el primer ministro Netanyahu. El tratado recibía el poderoso nombre de Acuerdos de Abraham, en referencia al patriarca común de las tres grandes religiones monoteístas, testigo de las coincidencias entre judíos, cristianos y musulmanes que podían traer una paz duradora a la región. En los tres meses siguientes Marruecos y Sudán también se añadieron al pacto, ya en las últimas semanas de la administración republicana. El movimiento generó una inercia que impulsaba otros éxitos diplomáticos menores: entre febrero y marzo de 2021 Guinea Ecuatorial y Chequia abrieron embajadas en Jerusalén, y los kosovares también se comprometieron a hacerlo si Israel, como contrapartida, les reconocía su independencia<sup>8</sup>.»

«Todo el mundo sabía que los Emiratos Árabes y Baréin no habrían normalizado las relaciones con Israel sin el beneplácito saudí. (Marruecos y Sudán son harina de otro costal y lo hicieron a cambio de concesiones americanas que se tradujeron, en el caso del primero, en el reconocimiento del Sahara Occidental como parte soberana del país). Sin embargo, Riad no las había normalizado, sino que indicaba con tal movimiento la voluntad de recorrer el camino en dos trechos. Sabía que el presidente electo de los Estados Unidos, Joe Biden, era hostil a la monarquía y había dejado claro que las vulneraciones de derechos humanos y el caso Khashoggi hacían que Washington tuviese que replantearse sus relaciones con el reino. También quería volver al JCPOA y retomar la política de contemporalización con Irán que había caracterizado a su antiguo compañero de lista electoral, Barack Obama. Arabia Saudí afrontaba pues un período complicado y quería que los Estados Unidos e Israel

---

<sup>7</sup> JACK KHOURY y NOA LANDAU, «Massive Beirut Port Blast Kills Over 100, Leaves Thousands Wounded», *Haaretz*, 5 de agosto de 2020.

<sup>8</sup> «Israel, UAE and Bahrain Sign Abraham Accord; Trump Says “Dawn of New Middle East”», *The Hindu*, 16 de septiembre de 2020; MATTHEW LEE, «Israel, Morocco to Normalize Ties; US Shifts W Sahara Policy», *Associated Press*, 10 de diciembre de 2020; MARCY OSTER, «US Will Not Consent to West Bank Annexation “for Some Time”, Jared Kushner Says», *Jewish Telegraphic Agency*, 17 de agosto de 2020; RON KAMPEAS, «Netanyahu: Equatorial Guinea Plans to Move Embassy to Jerusalem», *Jewish Telegraphic Agency*, 21 de febrero de 2021; CNAAN LIPSHIZ, «Czech Prime Minister Opens Jerusalem Embassy Office on COVID-Related Israel Trip with Hungarian Counterpart» y «Kosovo to Open Embassy in Jerusalem as Israel Recognizes the Balkan Nation», *Jewish Telegraphic Agency*, 12 de marzo y 1 de febrero de 2020.

tuvieran alicientes para apoyarla y mantener el rumbo político iniciado en la legislatura anterior. No se había comprometido directamente con la normalización y por lo tanto no había pagado ningún precio en términos de imagen pública y de aislamiento regional. Según como fueran las cosas, si los israelíes no mostraban determinación para confrontar Irán o se dejaban seducir por las presiones americanas hacia una línea hostil a los saudíes, la puerta entreabierta podía cerrarse bien deprisa.»

## Epílogo

«Había un triple mensaje detrás del ataque del 7 de octubre. El primero, dirigido a los palestinos, señalaba que Hamas —no la Autoridad Nacional Palestina del viejo y corrupto Abbas— era la verdadera luchadora por la dignidad del pueblo, y que lo hacía en un marco de vinculación directa con el islam y una profunda deshumanización de los judíos que explica la decisión de grabar en directo los crímenes de guerra que iban cometiendo; al hacerlo tenían presente la lección de que los asuntos de matriz religiosa (y muy especialmente Al-Qsa) generaban una llamada y un efecto de solidaridad en las calles palestinas mucho mayor del que causaban otras cuestiones de naturaleza política como el traslado de la embajada americana a Jerusalén o los acuerdos de Abraham. El segundo mensaje iba dirigido a toda la comunidad internacional, en el sentido de que las tentativas de resolver el problema palestino por el atajo de una normalización con Arabia Saudí no funcionarían, puesto que el eje de resistencia encabezado por Teherán tenía fuerza bastante para hacerlas descarrilar. Y el tercer mensaje, con Riad como destinatario, advertía a Arabia Saudí que se mantuviera por el camino de la entente con Irán terciada por China y que no tuviese tentaciones de abandonarla en beneficio de un pacto israeloamericano, pues Bibi no era capaz de defender ni siquiera su propio territorio y mucho menos podría dar la cara por la monarquía de Mohammad bin Salman.»

«Justamente este triple mensaje y sus implicaciones geoestratégicas obligaban a Israel, para desmentirlo, a destruir a Hamas, en el sentido de privarla del gobierno de Gaza y de toda la estructura paraestatal de la que se había dotado desde 2005. El llamamiento de más de 300 000 reservistas (en la guerra de 2014, última incursión terrestre en la Franja, solo se habían movilizad 80 000) apuntaba en esta dirección, y muy pronto comenzó una invasión por tierra que debía tener en consideración la gran complejidad que generaba la red de túneles de Hamas, la guerra psicológica derivada de todos los rehenes en manos de la milicia y la gran densidad de población de la Franja de Gaza.»

**Para ampliar información, contactar con:**

**Laia Barreda | Responsable de Comunicación Área de Ensayo**

**659 45 41 80 | [laia.barreda@planeta.es](mailto:laia.barreda@planeta.es)**

** PENÍNSULA**